

Eulogio Suárez. *PABLO NERUDA, SUCEDE... ALMACÉN DE CURIOSIDADES*.
Santiago: Ediciones NHR, 2015. 544 p.

El poeta Eulogio Suárez Quijada (Nueva Imperial, Chile; 1937) se ha desempeñado también como profesor, periodista, ensayista y autor de la novela *Viaje al día primero* (2002). Hijo Ilustre imperialino, Suárez recibió en 2011 el Premio Pedro de Valdivia, otorgado por las Instituciones Españolas de Chile. En esta ocasión, el autor vuelve tras la pista de una silueta a la cual contorneó de modo íntegro hace ya más de una década, al aportar una revisión de cada uno de los libros de nuestro segundo Nobel. Pero si aquella publicación, *Neruda total* (Santiago: Ril, 2004), que tiene ya cinco ediciones en castellano y una en griego, leía íntegramente la obra de un poeta, el de ahora recuerda, se asoma, pregunta, explora, recorre, revisita, entiende menos y más, y nos comparte los hallazgos en torno a la persona y la cambiante circunstancia de Ricardo Eliecer Neftalí Reyes Basoalto y, por cierto, Pablo Neruda.

Incluso en la esfera de los visitantes esporádicos de la poesía nerudiana, no digamos de los expertos, ya el título del presente libro de Suárez debiese resultar de inequívoca inspiración nerudiana. Por las dudas, recordemos que el célebre poema “No hay olvido (sonata)”, de *Residencia en la tierra II*, comienza: “Si me preguntáis en dónde he estado,/ debo decir: ‘Sucede...’”, versos sobre los cuales la crítica ha indagado innumerables veces y que, a su vez, se enlazan con otro verso celeberrimo: “Sucede que me canso de ser hombre”, el endecasílabo de apertura del poema “Walking around”, de *Residencia en la tierra II*. Sucesión pues, condición pasajera, fugacidad de la existencia, cansancio vital, Neruda mismo comparece en el título del volumen acaso como destinatario de un relato que, en los puntos suspensivos, empieza por gotear lo que enseguida hará correr a raudales, para confirmar que este poeta es cuento de nunca acabar.

Veintisiete capítulos conforman este libro (13-513), seguidos de un anexo con valiosos documentos gráficos, pertenecientes a la colección de Nurielidín Hermosilla (515-530), más un nutrido “Índice onomástico” (531-543). Al transitar por los consabidos hitos biográficos del poeta, esta inmensidad de anécdotas y personajes en acción –galería que incluye las sucesivas máscaras de Neruda– discurre y se interna por un sinfín de meandros ocasionales que constituyen quizá lo mejor del tomo. De gran interés resultan, por ejemplo, la observación de la amistad con Federico García Lorca, examinada en términos artísticos y sobre todo afectivos, y también el desconocido ataque recibido por el cónsul Neruda en México, junto a Luis Enrique Délano y otras personas, por

parte de un grupo de nazis alemanes. O el capítulo XVII, “Neruda glorifica a Stalin” (277-290), que abunda en la conducta predilecta de los detractores del poeta, quienes no suelen reparar, en cambio, en las críticas implícitas de *Estravagario* y explícitas de *Memorial de Isla Negra* y *Fin de mundo*, entre otros textos. Suárez trae a colación las loas estalinistas de Nicolás Guillén, Rafael Alberti, Pablo de Rokha y otra gente, para señalar los modos de ejercer la disciplina partidaria, sabiendo o no, intuyendo o no, los horrores sistemáticos del socialismo real. Y así sucesivamente con los demás asuntos, en cuya narración encontramos los respectivos desvíos y regresos al cauce principal.

En su aliento biografista, debido al comentario de la anécdota y, sobre todo, a la digresión de carácter memorialista, este almacén de Suárez se sitúa en la proximidad de “nerudistas” como José Miguel Varas (*Neruda y el huevo de Damocles*, de 1991; *Nerudario*, de 1999), Sara Vial (*Neruda en Valparaíso*, de 1983) y Margarita Aguirre (*Las vidas de Pablo Neruda*, de 1967), y un poco menos de Volodia Teitelboim (*Neruda: la biografía*, de 1984; *Voy a vivirme: variaciones y complementos nerudianos*, de 1998), y desde luego a una distancia mayor respecto del muy detallado registro de Hernán Loyola (*Neruda, la biografía literaria*, de 2006; *El joven Neruda. 1904-1935*, de 2014) o David Schidlowsky (*Las furias y las penas: Pablo Neruda y su tiempo*, de 2003), entre otras tentativas de tendencia más bien ensayística, de elaboración de temas alrededor de nombres y fenómenos.

En una asombrosa diversidad de trazos, este libro tiene a bien subtitularse “almacén de curiosidades”, dado que ofrece, como esos espaciosos galpones de antaño, una variedad considerable de experiencias, personajes, escenarios, épocas y tonos expositivos. En tamaño emprendimiento, Suárez acierta a perfilarnos un Neruda ancho: logramos ver al niño de inocencia rural, al liceano taciturno que se encuentra consigo mismo en la poesía, al bohemio temerario en la ciudad, al anarquista de papel, al empleado público, al enamorado del amor, al escritor de tiempo completo, al pensador utópico, al viajero asombrado con las gentes, al gestor político, al estratega maquiavélico, al artista ensimismado y al gregario, al santo laico, al sátiro cínico, al ícono humanista en tiempos de dictadura, al poeta dueño de un registro vocal de los más amplios que conocemos en castellano... No es poco, entonces, lo que agradecemos a Eulogio Suárez.

Roberto Onell H.
Pontificia Universidad Católica de Chile